

La liturgia es la fe en cuanto celebrada, la *fides celebrata*. Durante los últimos cien años, la teología ha venido buscando una respuesta satisfactoria a los interrogantes sobre la naturaleza de la liturgia como realidad de gracia y salvación. La cuestión litúrgica constituyó, por eso, uno de los fenómenos más característicos del pensamiento católico del siglo pasado. Una primera respuesta, desde una visión puramente externa, consideró la liturgia como la parte ceremonial y protocolaria del culto cristiano. Hoy se entiende con hondura creciente que en la liturgia la Iglesia celebra el misterio pascual de su Esposo como curación que brota de la herida, sanación que brota de la caída y resurrección que brota del descenso al lugar de los muertos. Por lo demás, esta comprensión profundamente sacramental y acorde al ser de la Iglesia, ha podido captar el vínculo orgánico que une reinstauración de la liturgia y renovación de la vida eclesial.

Conscientes de esta realidad, los profesores del Departamento de eclesiología y sacramentaria de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra que organizaron el Simposio eligieron como tema para las jornadas del año 2006 el título: «la liturgia en la vida de la Iglesia». Era la primera vez que se invitaba a expertos de teología litúrgica de varios países para suscitar y proponer una reflexión sistemática sobre el misterio del culto cristiano. Esta reflexión cobraba aún mayor interés al producirse en un periodo de la teología en el que la liturgia ya ha consolidado su posición en las coordenadas de su estatuto teológico.

Dios Padre, dejándose cautivar por su amor al hombre —*philocaptus*, como se lee en los *Diálogos* de Catalina de Siena recogidos en el Oficio divino—, sale a su encuentro para redimirlo en Cristo y unirlo a sí por medio del

Espíritu. El lugar privilegiado donde se realiza este encuentro es cada una de las celebraciones rituales de la Iglesia. En ellas se realiza una experiencia profunda de encuentro con Dios. De un modo semejante a como la hemorroísa percibió su curación instantánea con ocasión de tocar el borde del manto de Jesús «gracias a la fuerza que había salido de Él» (Mc 5,30), así también hoy, en el tiempo de la Iglesia, los frutos de la salvación, que brotan del Cuerpo de Cristo, se expanden a todos los tiempos y alcanzan eficazmente a todos los hombres por medio de las acciones sagradas. El Espíritu mantiene la cohesión necesaria para que, siempre que la Iglesia celebre, la dispensación del misterio se realice. La Esposa invoca al Espíritu porque sin él no habría liturgia y sin liturgia el Cristianismo sería ideología.

Son ciertamente luminosos los horizontes que abre esta perspectiva. La liturgia posibilita que la Iglesia tribute al Padre un culto numéricamente idéntico al que Cristo, su Ungido, le ofrece. Cada celebración es un momento en la acción salvífica de Dios sobre los hombres a través de la cual los fieles son asumidos en el misterio de Cristo —hecho presente en el rito— y, con él, pueden alabar, adorar e interceder al Padre «en Espíritu y verdad» (Io 4,23). Esta prolongación temporal de la acción de Cristo en su Esposa manifiesta la índole sacramental de la liturgia, funda su eficacia y expresa su carácter fontal y culminante.

En este marco de reflexión, el Simposio se desarrolló en tres etapas que coinciden con cada una de las jornadas del 26 al 28 de abril. Los organizadores diseñamos esas etapas conforme a una lógica interna que responde a la trilogía misterio-celebración-vida. Este triplete tiene la ventaja de abrir una panorámica omniabarcante donde la liturgia aparece respectivamente modulada como acontecimiento vertebrador de la economía salvífica, manifestación, presencia, y comunión del misterio y, por último, fuente de renovación incesante para la vida de la Iglesia. Lógicamente, la vivisección del tema en tres jornadas responde a una necesidad de método organizativo, que en nada merma el carácter en sí mismo inescindible de la trilogía *lex credendi, lex orandi y lex vivendi*, pues la liturgia puede ser interpretada, según distintos acentos, como «misterio celebrado para la vida», «celebración del misterio para la vida», o «vida celebrada en el misterio».

La inauguración del Simposio corrió a cargo de Mons. Egon Kapellari, obispo de Graz-Seckau (Austria), quien dictó una conferencia sobre la liturgia en la vida de los fieles. Desde la celebración de los cuarenta años de la entrada en vigor de la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, han sido numerosos los simposios que han profundizado en la situación de la vida de la Iglesia con respecto a la liturgia, con la mirada dirigida al pasado, luego a nuestro entorno presente y finalmente a un futuro lleno de esperanza.

A partir de esta ponencia, las reflexiones del primer día del Simposio se desarrollaron en torno al primer elemento de la trilogía: la liturgia en su dimensión misterioso-sacramental. La conciencia de que en la liturgia la Iglesia celebra el misterio de Cristo —en cierto modo, siempre viva en la tradición eclesial y, al menos, implícita en los desarrollos teológicos del siglo pasado— parece hoy la clave hermenéutica más adecuada para comprender la naturaleza de la celebración litúrgica. Y, en efecto, según se advierte en el título del segundo apartado del Catecismo, la Iglesia interpreta la liturgia como la *celebración del misterio cristiano*. La conferencia del Dr. Manlio Sodi, Profesor de la Facultad de Teología de la Pontificia Università Salesiana (Roma) aborda este aspecto de la liturgia.

El segundo día del Simposio se dedicó a la dimensión celebrativa de la liturgia. El sustantivo celebración se ha ido imponiendo como la expresión más adecuada de la acción litúrgica, y no de un modo arbitrario. Es un término muy rico de resonancias en el latín patrístico-litúrgico del que se origina.

La celebración es la actuación ritual de la fe. Discurrir sobre la celebración equivale a reflexionar sobre la fe expresada en ritos. Los *iterata mysteria* son los que realizan, en cada uno y en la comunidad, aquella realidad anunciada, y ya plenificada en Cristo. Entramos, por tanto, en el dinamismo propiamente litúrgico que se actúa en las celebraciones: de una parte, Dios, que incesantemente interpela al hombre en comunidad por medio de la proclamación de su palabra y la acción de su presencia, y, de otra parte, el hombre, en la diversidad de tiempos y circunstancias en los que está llamado a vivir. La celebración es la *actio* por antonomasia que Cristo, en sinergia con su Iglesia, realiza hasta la parusía, en el anuncio y actuación del *mysterion*. El protagonismo de la asamblea litúrgica, que se desprende de estas consideraciones, invita a indagar el marco eclesiológico donde situar su lugar y significado propios. Y éste fue el objetivo que perseguía la ponencia del Dr. José Ramón Villar, profesor de Eclesiología y Decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra (Pamplona).

La tercera y última jornada centró la atención sobre la continuidad liturgia-vida, es decir, sobre la apertura existencial inherente siempre a la liturgia. No está de una parte el rito y de otra la vida. Culto y existencia cristiana están unidos, como nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 1072), recuperando la gran tradición bíblica y patrística de la Iglesia. Como la de Cristo, la vida del cristiano es una realidad cultural. Para que no se apague la llama de la liturgia de la vida, se debe volver periódicamente a las fuentes que la reavivan, se debe volver a la celebración, es decir, a la palabra y al sacramento. Por eso, la vida cristiana lleva siempre el regusto del pan y la palabra. La liturgia, que no agota toda la actividad de la Iglesia (SC 9), ni abraza toda la vida espi-

ritual (SC 10), fecunda, sin embargo, la vida de los cristianos erigiéndola en mediadora insustituible para que las energías que provienen del fin salvífico de la Iglesia transformen el mundo desde dentro imprimiéndole un dinamismo salvador.

Dentro de este marco, tiene mucho sentido reflexionar sobre la notable fuerza evangelizadora de la liturgia, no sólo para el primer *kerygma*, sino también para la educación en la fe ya poseída. Recogemos, por ello, la conferencia de Mons. Marcello Semeraro, obispo de Albano (Italia), en torno a la liturgia y la nueva evangelización. En ella encontramos una vigorosa interpelación a la pastoral litúrgica de modo que los signos propios de la función litúrgica operen de modo efectivo y, por tanto, adquieran su plena eficacia con vistas al anuncio y a la comunión. El anuncio es como la partitura de una sinfonía, cuyo resultado interpretativo varía de un modo notable, tal vez sin alterar ni siquiera una sola nota, dependiendo de la calidad del director y de los músicos que la interpretan.

Así vertebrada la temática del Simposio, los organizadores entendemos haber ofrecido una panorámica suficientemente expresiva del misterio del culto cristiano. Las luces que los ponentes han arrojado sobre sus respectivas temáticas justifican la publicación de sus ponencias en el presente fascículo de *Scripta Theologica*. No hay lugar para el detalle en un campo tan vasto como el abordado en nuestro Simposio. A pesar de ello, las líneas de fuerza que atraviesan estos estudios son suficientes para mostrar la trascendencia de una vida genuinamente teologal que beba de la liturgia. Ella imprime una sólida objetividad a la vida espiritual como consecuencia de apoyarse en bases objetivas como la palabra de Dios y los signos sagrados. La liturgia imprime una sólida objetividad a la vida espiritual.

Félix María AROCENA